



ISRAEL MORA FIGUEROA

# NOCHE DE ACERO

# NOCHE DE ACERO

ISRAEL MORA FIGUEROA FERNANDEZ

Texto – 2013 Israel Mora Figuero Fernandez

Todos los derechos reservados

Siguenos en Facebook – Noche De Acero

A Lucía, guardiana de mis anhelos.

A mi padre y a mi madre, avales  
mi honor y mi existencia.

A mis amigos, reposo de mi conciencia,  
compañeros en el ban-  
quete,  
altares para la pleitesía  
de la vida.

## INDICE

1. Introito Nocturno
2. Al son del águila
3. Legio Patria Nostra
4. Noches Fenianas
5. Intermezzo parisino
6. Noche de acero

La bala le había pasado rozando la cabeza. Desde el zaguán en el que se había refugiado intentaba distinguir a su perseguidor, pero era en vano; la noche de la ciudad se cerraba contra la calle en la que se encontraba, en un suburbio del extrarradio, como si de una mano fuerte y negra se tratase.

Permanecía en la oscuridad, indeciso, sin saber si echar a correr o permanecer agazapado como un conejo asustado, allí, en la oscuridad de su madriguera, a la espera de que su atacante pasara de largo o le encontrara y lo liquidara de un tiro. Sí, podía morir en unos segundos, dejar de existir para siempre y, en esos momentos, aquello no le pareció tan malo, después de todo. Ni tampoco tan extraño; estar vivo un segundo y al siguiente dejar de estarlo; ¿acaso no es eso la vida?; ¿no es lo que todos esperamos de un modo u otro, unos con más ganas que otros? Además, la ciudad tiene esas cosas; la ciudad es un sitio peligroso, un lugar en donde las oportunidades de expirar au-

mentan considerablemente a cada paso que damos. Estar vivo es peligroso: en cualquier momento puedes morir.

Aguardando la muerte, o un repentino cambio de suerte, maldijo el haber dejado la pistola –que siempre llevaba con él– en el motel, y reflexionó sobre los días pasados, los movimientos que lo habían conducido hasta ese momento: estaba claro que su oficio terminaría instalándole en un callejón sin salida. Podía haberse dedicado a otra cosa. Su estatus social se lo habría permitido. Estudiar en cualquier universidad del extranjero y terminar una licenciatura, no sé, abogado, o quizá médico, o, por qué no, profesor de filosofía; de esos que se dejan una rala barbita cana y sonríen a las estudiantes jovencitas con un aire de inocente complicidad cargado de lujuria contenida. Pero no, él debía elegir el camino más abrupto, el más antisocial, el más escaso de todos entre cualquiera de las extravagancias disponibles: el sería detective privado. Claro que, esto era un eufemismo, pues, ni siquiera disponía de una licencia para ejercer como tal. Simplemente, a base de talento natural y una mezcla de habilidades adquiridas en el pasado, a través de su azarosa vida de aventurero, había conseguido hacerse un nombre, un hueco nada desdeñable entre los profesionales del gremio de su ciudad. Por supuesto, no habría conseguido tal reconocimiento por parte de ese mundo, casi siempre clandestino, de no haber mediado en él una auténtica falta de escrúpulos para aceptar cualquier tipo de encargos; trabajos de cierta envidia canalla que sus colegas con placa no se rebajaban a realizar y para los que él solía estar disponible.

Los últimos meses se había visto envuelto en un asunto muy turbio en donde mediaban drogas y prostitución, y, además, un puñado de sentimientos nada compatibles con el esfuerzo de su profesión:

Recordaba, con precisión, los rasgos afilados y la expresión hermética de la princesa callejera –con una cara de

muñeca abandonada que sostenía en su mirada más orgullo del que en realidad podía permitirse— que había ido a buscarlo unas noches atrás a su despacho habitual para encargarle un trabajito. Era lo acostumbrado, y la tarifa también lo sería. Lo que él no esperaba, era ir a encoñarse con aquella ninfa castigada por los vapores de la noche y el crujido de la intemperie. No al menos de esa manera en que lo hizo: tomando todo aquello como algo muy personal; una manera fácil de acabar en un arcén desangrándose y mirando al cielo, que se pierde poco a poco de la vista, con cara de gilipollas. Todos saben, él más que nadie, pues ha tenido la muerte pisándole los talones más veces en su vida de las que le gustaría recordar, que el amor y la búsqueda nictálope no son compatibles. Pero, claro, no estaba preparado para aquella mujer, aquella chiquilla disfrazada de mujer que no podía ocultar sus veinte años recién cumplidos bajo el espeso maquillaje y la impostura de tres capas de rímel: ella era fascinante, como lo son todas las fieras acorraladas; hermosa y derrotada, aún destilaba esa grandeza que suelen emanar los perdedores y que, a hombres como a él, con complejo de salvadores, le atraía sobremanera.

Su aroma de víctima, que aquella noche proyectaba con efecto terrible sobre la mesa del detective, se expandía invadiendo el miserable cuartucho encajado en el almacén trasero de un bar de Jazz, lugar en donde él trabajaba más a gusto que en cualquier oficina, ya se sabe, por la buena música y la confidencialidad que suelen aportar los garitos de esa clase en cualquier parte del mundo.

Cuando ella abrió su boquita de fresa rosa y, con el sonido de un trémulo ángulo metálico de Coltrane colándose desde el pasillo, él sabía, ya antes de empezar a escuchar su proposición, que aquello no podía salir bien. Debíó de dejarlo entonces; antes de aceptar el trabajo y de que ella le pagara sus honorarios.



Quizá fue la lujuria que corría su entrepierna arriba, como un cosquilleo eléctrico y especial que no sentía desde hacía mucho tiempo; algo normal en un hombre con sangre en las venas, dadas las piernas, largas como dos vidas de monje, y las preciosas tetas –de esas no muy grandes, no muy pequeñas– que gastaba la gachí. A lo mejor fue la sonrisa, ajada, pero conservando un rumor dulce de pasadas y, por qué no, futuras recompensas.

–Necesito que me ayude; y lo necesito esta noche –dijo ella, cortando de repente la bruma de la habitación con una voz burbujeante pero imperiosa que parecía no admitir una negativa y ocultaba al mismo tiempo una mal disimulada urgencia–. Me han dicho que es usted el mejor en la ciudad; bueno..., parece que el único capaz de hacer ciertas cosas..., ya sabe.

–No, no sé. Pero parece que usted –y el tratamiento le sonó ridículo, dada la edad que suponía en su interlocutora y el lugar en el que se encontraban, uno de los tugurios más cutres de la city– si lo sabe. Y lo sabe bien. No crea que acepto todo lo que me proponen. Puede que la hayan informado mal; ya sabe, hoy en día y tal y como están las cosas, es mejor no fiarse mucho de nadie. Usted ha hecho lo correcto, venir a comprobarlo de primera mano – y, entonces, le tendió su mano fuerte y cuadrada como un martillo por encima de la mesa. Sintió un pequeño escalofrío al contacto con aquella piel dulce, miró a la chica, cómplice y socarrón, y proyectó una de sus mejores sonrisas a lo Bogart, de esas que últimamente no tenía muchas oportunidades de prodigar.

–Esto es algo muy serio, señor...

–Lo de señor dejé de aceptarlo hace mucho tiempo y, además, creo que está usted algo alterada. Pero no se preocupe, le diré a Charlie que nos traiga una copa y entonces podremos empezar a tutearnos, ¿no le parece, señorita...?

Él pulsó un interruptor que había en la pared, a su espalda; entonces, ella pareció mostrar su auténtica cara, aun debajo de tanto potingue, por primera vez desde que había entrado en la habitación. Él presumió que quizá por primera vez en mucho tiempo. Conocía su habilidad para empatizar con las damas, sobre todo con las que tenían problemas, problemas graves de verdad, y aquella preciosidad de ojos castaños y rímel de payaso triste los tenía, de eso estaba seguro. Un segundo después de aquella reflexión al paso, también estaba seguro de que aceptaría el caso, fuera lo que fuese que iba a proponerle la chica; cosas del romanticismo, que le iba a hacer.

–Me llamo Esther, Esther...

–¡No, no me lo diga! –la interrumpió, rápido pero sin brusquedad alguna en su tono–; los nombres no son muy importantes, sólo una forma de dirigirnos a los otros; pero aquí, en este despacho, sí es importante el desconocimiento del apellido de mis clientes; me comprende, ¿verdad?, es por precaución, nunca se sabe...

–Me parece bien que seas un chico previsor –coqueteó con él algo más relajada, tuteándolo, y él pareció agradecerse porque dobló su sonrisa inicial en una fuerte y sonora carcajada–. No se encuentran muchos así en estos días de locura. Pero..., iré al grano –entonces, se separó un poco de la mesa y, echando la silla hacia atrás, se descubrió la parte izquierda de la cara apartando su enorme mata de pelo rizado, quemado y rubio: una fea cicatriz con forma de labio africano, de al menos siete centímetros de longitud, le surcaba toda la cara desde la mandíbula hasta detrás de la oreja.

Él intentó poner cara de acostumbrado, de tipo duro hecho a todo, pero no pudo sostener una exclamación de sorpresa cuando la chica expuso su herida a la luz amari-

lenta y mortecina del habitáculo. En ese mismo instante supo que la suerte estaba echada.

Le siguieron varias noches, entre explicaciones del asunto, de polvos salvajes y vaharadas de alcohol y humo que ellos alternaban entre las sábanas sudadas del minúsculo cuartito que él había alquilado para la ocasión –nunca usaba su casa, nadie más que él entraba en ella–; entre los picos largos de caballo que las venas de ella reclamaban con feroz necesidad y la necesidad de él de abandonarse a una piel caliente, a una humedad prieta entre las piernas de otro ocaso, a la comprensión del silencio que sólo una mujer como aquella, perdida de toda vida, podía ofrecerle.

El tiempo del amor prohibido no suele durar más que una exhalación, fuerte y profunda, contenida en la angustia de los amantes que saben que eso que experimentan deberá morir dos o tres amaneceres después. Y, por ese mismo motivo –la inercia de perdedores que esa clase de enamorados disponen sobre sus relaciones–, son ese tipo de amores los más perfectos, los más imperecederos. Para ellos dos no fue diferente. Él casi temía el momento en que la separación de sus cuerpos tendría lugar. Demoraba en algo, dentro de lo razonable para un metódico profesional, las pesquisas iniciadas para resolver el problema para el que había sido contratado. Su imaginación febril y romántica –algo de lo que no solía disponer a menudo en su vida, apartada de sus ángulos vitales como una segura forma de supervivencia para el medio hostil en el que solía desenvolverse– lo habían conducido en esta ocasión a otro callejón sin salida.

Lo que ella le pedía trascendía la mera tarea del detective, y, él, comenzó a pensar que, aquel o aquella que le había recomendado su nombre a la chica conocía de primera mano sus capacidades. No estaba seguro de si le gustaba esa reputación de matón que poco a poco se había ido ganando, se había ido filtrando entre los conductos

subterráneos del mundillo nocturno. Pero, la cosa estaba muy clara; había decidido ayudarla y, además, la chica que ahora respiraba, tranquila y dormida sobre la cama, a su lado, parecía descansar de verdad por primera vez en mucho tiempo, y él no pudo evitar sentirse como el perfecto protector, algo que sabía lo conduciría directamente a la boca del lobo.

El asunto era cuando menos sórdido. Él sabía que no debía de confiar en ella más de lo preciso. Pero, ¿cómo coño aparta uno su lujuria, sus hormonas enredadas en la tela de araña del amor salvaje, de su profesión, cuando ha sido esta la que te ha conducido hasta ese atolladero? Ella le había pedido que matara a un hombre; un hombre que, de no morir, la mataría en unos días, y, su poder de femme fatal había obrado el prodigio eterno, ese del que los hombres no pueden escapar nunca, y lo había introducido a él de lleno en su vórtice peligroso.

Él tomó la decisión en el mismo momento en que ella le contó toda la historia, o, al menos, toda la que quiso contarle. La cama desahuciada de un hotel de tercera fue la rúbrica invisible a dicha decisión.

Estos turcos cabrones, pensó, arracimado contra la pared del soportal y usando la respiración cada diez o doce segundos, concentrándose en separar el sonido muerto y metálico de los coches en las calles aledañas y el rumor del agua en los usillos de la acera de los pasos de su cazador. Lo tenía claro. Estaba preparado, como siempre lo estuvo en estos casos. Ahora, no sólo estaba su vida en juego, algo que últimamente le traía sin cuidado, sino que, una chica, o mejor dicho, su cadáver aún caliente, suspiraba en su mente entrenada por una venganza ancestral: alguien debía vengar todos esos años de esclavitud sexual y tratos vejatorios. Seguro, no podría llevarse por delante a todo el grupo, pero, al menos, a ese que en esta noche parecía

ejercer de némesis final para él, y que, ahora, bajo el sonido disperso de la calle podía escuchar acercarse a la puerta, lo acompañaría al infierno, fuera el que fuese que le estuviera destinado.

Un paso prudente, dos..., y, entonces, estalló la lluvia. Hizo explosión, golpeando contra el pavimento mojado como si un depósito enorme de agua se hubiera derramado de golpe sobre la calle. Aquello debía de haber sorprendido al sicario que, en ese momento podía estar mirando al cielo y momentáneamente desorientado. Debía aprovecharse del tiempo providencial, no tendría una nueva oportunidad: se acercó al marco del portal, miró un solo segundo, para comprobar la posición de su perseguidor, y saltó a la oscuridad de la calle como una exhalación. La suerte estaba de su lado: el turco miraba en ese momento justo en la dirección contraria. Le cayó encima como un león acorralado, utilizando toda su pericia letal, y desarmó al enemigo proyectando una poderosa combinación de golpes a sus órganos vitales, tráquea, testículos, ojos, fueron atacados sin piedad en varias ocasiones, hasta que el maltrecho cuerpo del árabe se desplomó como un árbol caído sobre la acera. Antes de rematar al infortunado, miró a ambos lados de la calle, vacía a esas altas horas de la noche y extrañamente caliente. Luego, reflexionó un segundo antes de abrir fuego sobre la cabeza del inerte, para lo que pensaba utilizar su propia arma, y pensó en lo puta que era la suerte, ahora de tu lado, ahora contra ti: <<ese era el maldito y jodido juego al que todos estábamos sometidos>>. Accionó el gatillo con suma frialdad, y la cabeza de su antagonista se derramó a sus pies, abriéndose como una roja sandía. <<Punta hueca>>, pensó. Se aseguró de borrar cualquier huella del arma, y, luego, caminó con decisión y se perdió entre el bullicio del tráfico de la avenida.

—Es lo que hay hermano; hoy has sido tú, pero podía haber sido yo. No te preocupes, hay una bala por ahí espe-

rándonos a todos, es solo cuestión de tiempo que me llegue la mía.

## 1. Introito Nocturno

Utilizaba la noche como un mal remedio, de esos que no terminan del todo con nuestras dolencias pero ofrecen cierto sosiego ganando algo de terreno al dolor, para el mal que le afligía desde no sabía cuántos años hacía ya.

Su guerra con el ser humano, su desidia, su negra aptitud para contemplar la vida, para soportar el castigo del tiempo, menguaban en la proporción en que la dama oscura reducía la afluencia de público en las calles: las calles de una ciudad –Madrid era el nombre de esta pesadilla de ahora mismo–, sustituta de otros dolientes gentilicios que habían poblado antes sus horrores, eran su cerco fatal, del que hacía tiempo, demasiado ya para arreglos de última hora, había arrojado la toalla de la fuga.

Tenía, pues, una deuda de gratitud con la noche y sus muros protectores: La pernocta callejera le amparaba en los encuentros casi inexistentes que a veces se producían con sus congéneres. Era un mal menor que debía soportar a cambio de su dosis habitual de efluvios urbanitas que, como un yonqui del polvo hormigonado, de sus seguras estructuras y pilares, consumían sus sentidos para escapar de los espacios abiertos. Quizás, poco probable en alguien con su preciso pasado, una célula agorafóbica había prosperado en él, y, sumándose a otros temores ocultos, solapándose con todos sus males y ocultando a su entendimiento su propio padecer, abortaba cualquier capacidad de huida del estado que lo embargaba. Hasta esa noche, esa fuga había servido a sus propósitos con cierta eficacia, engañando cómplice al día, del que se ocultaba como un nictálope.